



# Mefisto

Gaceta literaria humanista universitaria

Año I - Número 1  
Primavera de 2007  
Ejemplar gratuito

*“No tiene límites el averno ni se circunscribe/ a un solo lugar: donde estamos nosotros está el infierno”*. Ésta es la respuesta que da Mefistófeles a un todavía asustado Fausto al ser interrogado sobre el infierno en la que es, posiblemente, la escena cómica más inteligente de la obra marlowiana: Fausto intenta convencerse de que la condenación eterna no existe, poco después de haberle vendido su alma al demonio. Así, Mefistófeles se convierte a la vez tanto en la personificación del objeto de deseo del mago de Wittemberg (el conocimiento), como de lo que más teme: el averno.

La tradición que asocia el saber con el dolor y la caída es bien antigua: no hay más que leer la Biblia para ver que la famosísima manzana prohibida era un fruto del árbol del conocimiento. Así, no resulta sorprendente que el Virgilio particular de Fausto en su periplo por el mundo de la razón, sea uno de los ex-arcángeles a quien algunas tradiciones consideran uno de los tres maestros del infierno junto con Satán y Belcebú.

Por esto, Mefistófeles se convirtió en uno de los personajes favoritos de los escritores durante el Romanticismo, pues su guerra abierta contra el sistema de valores impuesto por el cristianismo y, a la vez, la conciencia total de la inutilidad de su batalla le convirtió en uno de los paradigmas de una revolución intelectual marcada por la libertad, la valentía y el amor al conocimiento. Este diablo fue elevado a los altares por un grupo de artistas tan malditos como él, tan atormentados y perseguidos como cualquier demonio podría sentirse.

Sin embargo, este personaje surge en plena época isabelina de la mano de Christopher Marlowe, cuando Inglaterra aún era una tierra convulsa agitando bajo el corsé del puritanismo. Nace doscientos años antes de que la libertad fuera un ideal a perseguir, cuando el conocimiento comenzaba a dejar de ser patrimonio de la Iglesia y aparecían las primeras traducciones de los clásicos grecolatinos. Aunque no es del todo sorprendente esta temprana creación de Mefistófeles, pues Marlowe es uno de los dramaturgos más fascinantes de la historia: existe documentación que permite creer que vivió una doble vida como espía, se cree que pertenecía a sociedades dedicadas al estudio de la magia; y la teoría de que Shakespeare y él son la misma persona tiene numerosos seguidores. Pese a los tintes trágicos que Mefistófeles podría tener, la tradición iniciada por Marlowe le presenta como figura tragicómica, que se debate entre la victoria lograda al conseguir que las personas se alejen de Dios, y su fracaso al perder él mismo trascendencia justo por esa razón. El humor es la única vía de escape que tiene para huir de la angustia vital creada por la paradoja de poner su alma en la búsqueda del conocimiento, para perderla cuando por fin lo ha alcanzado.

M.C.



**C**ada vez que en un lugar del mundo termina el amor, uno de sus componentes ha tenido que salir previamente fuera del concepto de Unidad que tenía el otro. Uno de los miembros de la pareja es expulsado...

Continúa en la página 12

**A**dónde me has traído esta vez? >>><<Cállate. ¿No te parece precioso lo que ves? >>><<No estoy seguro de qué responderte. Esta puesta de sol me parece, no sé, realmente...

Continúa en la página 16

**A**quella tarde en la estación de cercanías le recordó inevitablemente a su juventud, cuando aún era un muchacho adolescente, sin ansiedades, sin ninguna esperanza...

Continúa en la página 15

**R**esacón de mierda! Y prepárate ahora la clase de mañana... Es importante romper el diptongo para que la resaca tenga caché, sí, que no se me olvide explicar esto a mis alumnos. Eso es, en...

Continúa en la página 14



## MÁS CONTRA LOS EXÁMENES

La nueva reforma de la Universidad, que con motivo de la Convergencia Europea planea sobre las Universidades y Facultades de toda Europa, ha suscitado últimamente en la Universidad Complutense un interesante debate sobre la necesidad, la finalidad y los presupuestos de dicha reforma; debate que ha servido de acicate y revulsivo a muchos de los que, de una forma u otra, nos hemos visto envueltos en él, que no es más que la natural consecuencia del rechazo que en muchos estudiantes y profesores produce la futura reforma.

Entre las muchas y diversas posiciones que se dan entre los que rechazamos la reforma, será difícil, sin embargo, encontrar alguna en la que se defienda una enseñanza no sometida a pruebas de evaluación y examinación del alumnado. Hasta tal punto se da por supuesto que sin examen no hay enseñanza. A tal propósito, ya que no la de los vivos, sería conveniente escuchar la voz de un ilustre póstumo, Don Francisco Giner de los Ríos, que allá por 1902 escribía:

*“Hoy por hoy, la Universidad española no es una corporación social de profesores y alumnos, como en sus buenos tiempos, para el cultivo de los estudios tenidos entonces por liberales y la enseñanza y educación de la juventud en ellos, sino un centro administrativo del Estado, compuesto exclusivamente de profesores oficiales; esto es, nombrados por el gobierno casi siempre, mediante oposición, a fin de preparar los exámenes y grados de las profesiones correspondientes a aquellos estudios (...). En su actual concepción, siendo lo que son nuestras Universidades, si se suprimiese el examen (...) casi no se comprendería que las siguiese habiendo; y más de una vez se ha sostenido dentro de ellas esta razón para mantener aquellas pruebas. “Sin exámenes, se dice, ¿quién estudiaría? Habría que cerrar las Universidades”. Mientras que lo contrario acontece, v. gr., con la Universidad alemana, o la inglesa, o aun la nueva francesa. Pues, aun cuando se aboliese en ellas todo examen —de lo cual parece que están cada día menos distantes—, nadie duda que seguirían existiendo, porque su fin no se reduce a examinar y preparar para ello. Están para otras cosas.”*

Esta distinción entre Estado y Universidad, tan clara para Giner como confusa para otros muchos, pasa en muchos casos desapercibida y vendría bien que se tomara en cuenta en todo momento. La Universidad no es un centro administrativo del Estado y su función no es, por tanto, la de examinar, sino que la Universidad está, como el propio Giner dice con liberadora indefinición, para otras cosas.

D.P.

